

En el Paro: un nuevo lenguaje (que no advierte el uribismo)

Mario Yepes Londoño

Humberto De la Calle, como siempre, da en el clavo y esta vez reiteradamente en el clavo inmovible de Duque y su (¿?) partido y sobre todo de Uribe, que, parafraseando lo que se decía de los borbones, ni oyen ni aprenden; ni olvidan, excepto sus obsesiones, muletillas y simplismos. Este domingo les dice: «...sé que el imperio del orden es necesario. Pero eso no se logra diciendo que hay un complot de Venezuela, Rusia, China y las disidencias de las FARC. O que es una conjura de medios internacionales». Como siempre, ellos y sus antecesores nos han construido verbalmente un paraíso que reemplazó la inequidad, la miseria, la ignorancia y la enfermedad, pero aquellas fuerzas externas, y ahora la pandemia, conspiran para la pérdida de ese Edén de la Seguridad Democrática que en estos días hemos visto en todo su esplendor. Ellos no han tenido responsabilidad ninguna ni han sido causa eficiente de daño alguno a esta sociedad; ellos son la democracia, los buenos que son más, la mano firme del orden, y la *mater dolorosa* del corazón grande incomprendido y atravesado por las saetas de la ingratitud de los que sólo tragamos doctrina extranjera totalitaria. Y si no, mire a Duque escondido llorando hasta que lo llevan a Cali, a donde él quería viajar y no lo llevaban.

Tengo mucha edad, la suficiente para darme cuenta de que desde **2019 ha habido un tremendo cambio en el lenguaje de los jóvenes y los líderes, sobre todo los indígenas, que protestan**; puedo recordar las luchas políticas y sociales de los años 1960 en adelante, y en particular las consignas y los discursos extensos de los sectores estudiantiles, profesoraes y sindicales de la izquierda; el lenguaje que, ciertamente, todavía se empeñan en usar tres o cuatro ovnis encapuchados de las universidades e infiltrados (si no copados) por el régimen para desacreditar las acciones populares de los muchos sectores que ahora y hace rato han marchado contra él. Claro que ahora esos pocos tales prefieren no arriesgarse a hablar sino a cumplir el libreto de la acción violenta. Ese lenguaje de aquellas décadas, en plena Guerra Fría, aparte de formular claras protestas y reclamos de derechos, indudables, todo lo oscurecía, y sirviéndole en bandeja de plata al Estado represor la confirmación de sus prejuicios y argumentos, la vinculación irreflexiva a los intereses de los enemigos del capitalismo, los del llamado «socialismo real». El problema era que esos «aliados» externos (la Unión Soviética, China, luego Cuba e, increíble, Albania) no estaban aliados entre sí, vivían

en pie de guerra mutua, verbal y a veces cruenta, y lo que aquí se conseguía era una insostenible dialéctica de consignas, banderas, discursos y asambleas donde los problemas locales eran postergados por el enfrentamiento entre las vías soviética, albanesa y china (ésta, además con los agravantes de episodios como la Revolución Cultural, la Banda de los Cuatro y otras intoxicaciones) y agréguele Pol Pot para que cierre los ojos.

Se daba entonces la incapacidad de distinguir las luchas obligadas: las internas por derechos y reclamos justos, y, por otra parte, las de solidaridad con luchas justísimas como las anticoloniales del Asia y del Africa, de Vietnam o la soberanía de Cuba, distingo que no hubiera obligado a cargar al mismo tiempo con la ideología, la doctrina, las agresiones a otros pueblos, los manuales y las artes decididamente marciales.

No sobra señalar esto: ocuparse exclusivamente de lo propio y exclusivamente con los propios recursos (sobre todo los mentales y los del conocimiento); perder la perspectiva de un contexto global e ignorar causas de nuestros males originados en condicionamientos obligados y forzados por la dependencia, por la sumisión de nuestros gobernantes y poderosos, es imbécil. De nuevo: un pensamiento crítico establece distinciones, crea conductas autónomas, impone prioridades en el compromiso intelectual y en la lucha política.

De paso, esta derecha uriboduquista o de otros colores tan siniestros, cuando habla de ideologías, doctrinas, financiaciones e intereses bastardos extranjeros, se olvida convenientemente de su propia estirpe, de su repugnante tradición histórica. Como bien decía Pedro Luis Valencia (senador de la UP asesinado por los que sabemos), los que se asumen cristianos no pueden negar que su doctrina esencial no viene de Santa Rosa de Osos (donde más bien un obispo la traicionó) sino de Palestina, y que se volvió imperialista con los romanos y sucesores de varios orígenes. Lo esencial de esa doctrina debería seguir vigente para quien lo acepte por decisión racional. La ciencia, el arte, la idea de la democracia, del liberalismo, de la filosofía, la técnica y los avances de la tecnología no nacieron precisamente en el suroeste antioqueño donde nació Uribe, un territorio maravilloso que merecería mejor suerte. Y el conservatismo, todos ellos buenos cristianos, dicen, incluso cuando han salido a matar emulando con los del otro lado, hizo lo que pudo a partir de 1920 (sin hablar de todo el horror bipartidista de antes) para arrasar a sangre y fuego a esa que veían como masa informe de «liberales, comunistas, masones y protestantes». Para ello tomaron sin medida de causas e ideas extranjeras como el fascismo de Mussolini, el nazismo de Hitler, la Cruzada falangista de Franco y el ejemplo «cristiano» de Oliveira Salazar, todos colonialistas, traídos y ensalzados por Laureano Gómez y los suyos; y mandaron voluntarios o reclutados colombianos a Corea para que allá defendieran la «democracia del mundo libre» y aprendieran a enfrentar aquí la subversión, con las ideas de Eisenhower y de MacCarthy. El

partido «liberal» de Turbay (numen de Duque), de Vega Uribe y Camacho Leyva, armó su siniestro Estatuto de Seguridad con la Doctrina de la Seguridad Nacional de Nixon y Kissinger, que no nacieron en un plácido pueblo andino o caribe.

Pero la inmensa mayoría de hoy, los muy jóvenes que están dando ejemplo de compromiso, los dirigentes sindicales, los indígenas, los campesinos y los líderes inteligentes de los movimientos que se manifestaron desde fines de 2019, han empezado por no discriminar a nadie: es emocionante la convocatoria sin alardes, **espontánea y sin apelaciones banderizas o partidistas** a todos los gremios, organizaciones, individuos, etnias, elecciones sexuales, religiones, edades, oficios y profesiones, a todos los de buena voluntad, a los humillados, necesitados y ofendidos y también a los solidarios; a los que sólo marchan, a los que cantan o sólo hablan y gritan, a los que pintan o hacen malabares, a los que bailan, a los que rezan y a los que maldicen con razón. No usan para nada aquel lenguaje de secta; ni esos manuales, libritos rojos o verdes, ni citas de líderes de la guerra. Esta es rechazada inequívocamente. Su discurso va directo a reclamar derechos y libertades, a proponer la vigencia del Acuerdo de Paz y el respeto de la vida, a rechazar la violencia de cualquier origen, a señalar la mentira instalada en la lengua del poder fascista. Durante casi tres décadas algunos nos dolimos de la apoliticidad de los jóvenes, sobre todo de los universitarios, aunque sabíamos que era explicable. Como es explicable ahora la furia de tantos que viene casi siempre de la condición de víctima. Ahora, pese a éstos, la mayoría ejerce una política que es de verdad una apropiación de la **polis**, porque quieren que de verdad ésta les pertenezca con un sentido humanista. Y el lenguaje lo refleja.

La «Unión Soviética» queda para la Cabal (que cree y enseña doctoralmente que Gobineau era un líder e ideólogo comunista, como dijo en el Congreso); la China del capitalismo estatal del partido comunista totalitario para los que la saben aprovechar para negocios, sin la nostalgia de la ideología, pues ésta queda en los militantes maoístas de ayer que ahora orientan al uribismo duquista. Y la sumisión a las imposiciones de la Guerra contra las Drogas y la destrucción del Estado interventor que sólo existe en favor de intereses privados, estos jóvenes las denuncian como crímenes contra la vida y la ecología. La violencia se la dejan a la mezcla de capuchas y robocops. Y el lenguaje lo renuevan para que dé cuenta de que ellos son nuevos, pero quieren representar los intereses de todo un pueblo.

Un aspecto curioso, pero igualmente significativo es el propio cambio del lenguaje de los intelectuales, empezando por los profesores universitarios. Y no hablo sólo de los que en su momento (explicablemente), como estudiantes o como docentes, participaron de aquel extremismo. Los que no lo compartían, pero no por eso eran de derecha; los que eran serios estudiosos de las teorías políticas y de la historia de los movimientos

sociales y las formaciones políticas, aquí y dondequiera. Los que vinieron después, de muy diversas procedencias geográficas, ideológicas y académicas. Hace mucho tiempo que muy pocos (en estudios de Filosofía, de Ciencia Política, de Sociología, o por elección personal en las Humanidades) hablan de Socialismo; es más raro aún oír hablar o leer de marxismo. Quien esto escribe no es ni mucho menos experto en los que Brecht llamaba clásicos del marxismo, sino más bien un desordenado e insuficiente lector de su obra que, en lo poco que aprendió, entiende bien la enorme importancia histórica de sus figuras y de su análisis de la Historia y de las sociedades, visto como debe ser de manera crítica y agnóstica. No tengo duda de que en las generaciones presentes de intelectuales, de ayer y de hoy, hay una reserva grande de pensamiento rebelde a las imposiciones de la reacción y a la amenaza clara del fascismo que representa el Establecimiento dominante. Sólo puedo comprender el fenómeno que señalo por dos explicaciones: La primera, muy determinante, el hecho incontestable de que a las dos generaciones pasadas las golpeó el viento arrasador de personas y de quema de libros por parte de la reacción, el genocidio que se instaló, para no llevarlo hasta la Regeneración, desde el Frente Nacional, con el Estatuto de Seguridad y los gobiernos siguientes hasta el Proceso de Paz con las Farc; lo que Uribe, Duque y su cáfila se empeñan en reconstituír y acelerar. Y la segunda, porque en el estamento también se dan actitudes de estar en la cresta de la ola, de la moda, del «eso ya no», como se vió y se sigue viendo en la ruptura producida en el Arte, notoriamente en el Teatro. O la simple indiferencia.

En conclusión, el lenguaje del pasado extremista, contra las libertades y los derechos, el de las exclusiones por la ideología y la ignorancia, no están en los jóvenes y líderes de todas las ocupaciones que hoy marchan y se manifiestan por la dignidad de la vida para todos. Por esa exigencia los están matando los nostálgicos de la guerra y del pensamiento uniformado, de las ideologías fracasadas. La izquierda razonante, convencida de la necesidad de salvar el Proceso de Paz y de construir una sociedad justa, tiene que mirar, oír y aprender.